

EL ORIGEN DE LAS ARMAS DE FUEGO MENORES

*Carlos A. Aguirre Vío
Capitán de Navío*

Preámbulo

El origen de lo que hoy llamamos armamento menor o armas de fuego portátiles, fue una consecuencia de la aparición del cañón de artillería. No escapó a la inquietud del hombre de armas la posibilidad de adoptar un arma portátil personal para armar a los ejércitos. El proceso duró un par de siglos. Si lento resultó el proceso para el cañón, más lento resultó el progreso para el arma de mano, muy de acuerdo con la celeridad de la época entre los siglos XIV y XV, y a su estado cultural y técnico.

Hasta el siglo XVI todavía casi se prefería el arco y las antiguas armas de mano, aunque ya hubiese cuerpos de ejército armados según la nueva modalidad.

Recordemos que la pólvora fue dada a conocer en Europa por los árabes en el siglo XII, quienes al parecer la perfeccionaron agregando al carbón y al salitre algo de azufre, a fin de hacerla más viva (inflamable); los alquimistas se dedicaron a su estudio y mejoraron sus cualidades ideando lo que se llamó la "ceba", consistente en pólvora muy fina (en pequeña cantidad) para inducir la combustión de la carga de "proyección".

Moros y cristianos se dedicaron por igual al empleo de las nuevas armas, sobresaliendo franceses y españoles debido a sus guerras; también, los suecos y alemanes, pero la verdad es que su mayor desarrollo fue alcanzado en el siglo XVII, cuando aparecieron el mosquete, la pistola y luego el fusil; entonces se llegó a la transformación de la táctica, porque se entró a combatir a distancia.

Una causal de retardo en su progreso fueron los oponentes a las nuevas armas, quienes encontraban poco noble batirse a distancia (200 a 300 metros) y ser muerto por una bala anónima, según decían, era una oposición pasiva y de orden moral.

Referencias cronológicas

Al promediar el siglo XIV aparecen en varios países las actividades en torno a la fabricación de armas de fuego "portátiles", aunque realmente resultaban muy pesadas para transporte personal (no menos de 15 kilogramos) y de resultados inciertos; pero a partir del siglo XV ya se pueden indicar algunos adelantos:

- Año 1404. Se da a conocer la culebrina de mano (nombre derivado de la culebrina de artillería, año 1830), que era lo bastante ligera como para que un hombre fuera capaz de transportarla en el campo de batalla; pero en realidad resultaba aún demasiado pesada para la movilidad requerida.
- Año 1411. Los suizos tenían cuatro mil hombres equipados con armas de fuego manuales; estas armas, culebrinas, estimativamente pesaban entre 12 y 15 kilogramos.

- Año 1414. La infantería de la ciudad de Arras empleaba también estas culebrinas.
- Año 1476. En el sitio de Morat, en una agrupación de 31 mil suizos había 10 mil que manejaban diestramente los "schooplum" suizos.
- Año 1578. Entre las armas usadas por la infantería de Padua estaban: El "arcabugio", "bombarda", "schioppeta" y "bombardela", cada una de las cuales pesaba entre 25 y 28 libras; pero entre disparo y disparo, éstas demoraban tanto que los bandos pronto tomaban contacto para la lucha cuerpo a cuerpo con armas de mano.

Las primitivas armas de fuego consistían en un delgado tubo de metal (cañón), en el que una vez colocada la carga de pólvora se taponeaba em el lado correspondiente a la culata. A guisa de proyectil lanzaban piedras más o menos esféricas, o trozos de metal. En realidad, era sólo la primera descarga la que servía para causar mortandad o dispersión de los combatientes.

La evolución de las armas primitivas

Las culebrinas tuvieron en uso todo el siglo XV y a comienzos del XVI. En la batalla o sitio de Morat, ya citado, los sitiados contaban con 10 mil hombres armados de un tipo de culebrina. También figuran estas armas en la entrada de Carlos VIII en Florencia, en 1494, y en la conquista de Génova en 1507.

La culebrina de mano era de uso complicado, el que resultaba imposible en algunos casos; por este motivo se trató de hacerla más manejable, lo cual se consiguió aumentando la longitud de la culata de madera para que el servidor pudiese apoyarla encima de la coraza en el pecho, que es lo que se conoció con el nombre de "pedreñal" en el siglo XVI. A pesar de esta mejora siguió presentando dificultades, con poca sencillez en el manejo. Se le dotó entonces de una horquilla o bastón terminado en una punta de fierro, en cuya parte superior se sostenía el extremo del cañón, para servir de punto de apoyo, a la vez que se apoyaba el arma contra el hombro. Se daba fuego con una mecha larga mientras se hacía la puntería.

Las armas ya mejoradas que aparecieron en el siglo XVI, como las bombardas, se afirmaban en el suelo para preparar el disparo y estaban provistas de una pequeña barra de madera que se apoyaba en los hombros para aplicarles el fuego con la mano izquierda. Algunas eran de calibre mayor, diseñadas para proyectiles más pesados destinados a abrir brechas en las murallas o parapetos. En general, en cada formación o agrupación figuraba cierto número de culebrinas o bombardas. Las otras armas de tipo "cañón de mano" eran más manuales, conducidas por dos hombres, y disparaban balas de hierro cilíndricas o esféricas.

El cañón de mano ya no era de dos piezas (recámara y cañón) sino que constituía una sola pieza. Se le daba fuego mediante una mecha larga para dar tiempo a la puntería.

Estas armas tenían sus variantes según el país. Medían entre 1,30 metros a 2,30 de largo; también las había de mayor porte, que disparaban balas de plomo de 8 a 9 libras,

pero en tal caso dejaban de ser portátiles o livianas. De aquí nació la tendencia futura de empezar a clasificar la artillería según el peso de la bala. Sólo en el siglo XX se adoptó el calibre como medida de referencia.

Otros nombres tales como culebrina, sacre, falconete, serpentín y "octavo de culebrina", identifican variedades nacionales de tales armas de fuego.

Después de mejorada la culebrina, apareció en el escenario bélico otra arma más perfeccionada, conocida como "espingarda". Su mecanismo era por demás sencillo; el cañón se ubicaba en una caja de madera que tenía un corte dispuesto para dirigir la puntería, debiendo apoyarse la culata en el hombro (como se hace hoy en día con un arma larga); para tal efecto la culata presentaba un sacado curvo.

A pesar de todo todavía estas armas eran imperfectas e incómodas y debido a la mala calidad de su material de fabricación, a menudo ocurrían accidentes. En España apareció la primera espingarda en el segundo tercio del siglo XVI, y con su empleo corriente durante las campañas se fue logrando mayor perfección.

En realidad, quedaban aún problemas técnicos que la época no podía resolver; por eso no debe extrañarnos que a principios del siglo XVI, mientras ya había auge de la artillería a bordo y en tierra, el armamento menor progresaba muy lentamente y era aún escaso en los ejércitos de tierra. El más grave inconveniente que presentaban estas armas de fuego era el de no poder prepararlas, sino en el momento de ser usadas, es decir, no podía ser colocada anticipadamente la pólvora destinada a la "ceba". Además, el soldado estaba obligado a sostener la larga mecha, para la cual no tenía más que una sola mano.

Las guerras de Italia, que tanta gloria dieron al ejército español, contribuyeron a la vez a mejorar su equipamiento. Un jefe de gran prestigio como lo fue Gonzalo Fernández de Córdoba, con profesionalismo y sagacidad observó que el arma italiana era más eficaz que la espingarda, dados su mayor alcance y rapidez de fuego. Esto lo llevó a ordenar una completa indagación, a raíz de la cual encargó a armeros italianos fabricar la mejor arma que pudieran lograr, obteniendo como resultado de ello la "scoppeta".

La scoppeta dio paso al mosquete y al arcabuz. El mosquete difería del arcabuz principalmente por la hechura de su culata de madera, que era derecha en vez de curva, y a veces por su mayor calibre.

Había arcabuces de diferentes dimensiones, que eran empleados tanto en la infantería como en la caballería, adoptando distintos nombres. Aunque tosca en su apariencia, esta arma reunía cualidades de ligereza y solidez. Había arcabuces de "rueda" y de "mecha", según cual fuera su sistema de fuego. En esta misma época y a fin de tener la munición a mano fue ideado un saco de cuero arreglado interiormente para llevar las balas (perfeccionadas también) y las "cebas", el que fue llamado "fornitura". Como ya se dijo, las cebas eran de pólvora fina en pequeña cantidad, que provocaban la ignición de la carga de proyección. Estas últimas iban ya preparadas.

El mosquete, aunque algo más pequeño, era todavía pesado. La necesidad de alivianarlo dio origen al "pistolete" o "pistola", llamado así porque fue fabricado por primera vez en Pistoia (Italia). La pistola era de cañón más corto y de menor calibre y podía ser disparada con el brazo extendido, siendo especialmente adoptada por los alemanes.

A partir de entonces todos los esfuerzos se concentraron en modificar estas armas, especialmente sus sistemas de fuego, llegando a ser usados diferentes tipos de mecanismos o llaves. Como nueva forma de encender la carga en la recámara se ensayó la chispa, producida por el choque de una pieza de metal sobre una piedra silicia. La llave era buena pero tenía el inconveniente de deteriorarse muy pronto, debido a estar a la intemperie. Con todo, el arma ya se estimaba utilizable para campaña.

El Duque de Alba, en su celebrada campaña de Flandes (1558) reemplazó el arcabuz por el mosquete, llegando a ser organizados los batallones de infantería con dos tercios de arcabuceros o mosqueteros y el resto de piqueros. Ya había sido resuelto el problema de autoprovisión de las cargas, hechas de antemano y llevadas en la forniture, según ya explicamos.

Gustavo Adolfo, rey de Suecia (1611-1632), fue el primero de los tácticos de su época y modernizó el armamento de entonces. Proveyó a sus tropas de mosquetes ligeros, acortando el cañón del arma y suprimiendo la horquilla de apoyo usada para la puntería y disparo.

También simplificó la carga adaptándola a un cartucho para contener la carga y la bala en el mosquete; así consiguió rapidez de fuego.

Entre 1630 y 1670, aunque sin poder precisar fecha, apareció el fusil. Su principal adelanto era la llave de fuego y su mérito más destacado su largo alcance: 450 metros contra 200 logrados por el mosquete. Esta arma ya era bastante práctica y se impuso en los ejércitos. También fueron conocidos entonces el trabuco, arma semejante al fusil, pero de cañón más corto y de ánima cónica. Se produjo una polémica sobre cual convenía más, si el trabuco o el mosquete, existiendo partidarios de uno y otro. La evidencia nos indica que prevalecieron los innovadores.

Hasta aquí llegamos con este breve relato de lo que podría ser la primera etapa del desarrollo del arma portátil. Aparecido el fusil vinieron luego nuevos modelos, de los que derivaría el rifle y se iniciaría la fabricación de armas de caza. Más adelante, con la Revolución Industrial, el proceso evolutivo del armamento menor corría a parejas con la aceleración del progreso tecnológico, hasta llegar a las ametralladoras y otras armas automáticas de gran complejidad, verdaderas maravillas de la ingeniería.